

# El acompañamiento de jóvenes vocacionables hacia la vida consagrada

**José Tomás Cuéllar, fsc.\***

## **DE EMAÚS A CAFARNAUM, UNA INVITACIÓN A CREER Y ESPERAR...**

*Él les dijo: «¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?». Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?» (Lc 24,17-18).*

Cuando me dispongo a redactar estas páginas en este Domingo de Pascua, el sol ya casi toca el horizonte, y me viene a la mente el recuerdo de los discípulos de Emaús. Como ellos, muchos de nosotros, a pesar de ser tiempo pascual, caminamos aturridos, sumidos en nuestras preocupaciones, recordando quizá el pasado que vivimos apasionadamente, contrastado con la realidad de los tiempos que nos ha tocado vivir. En muchas ocasiones, en nuestras conversaciones, surge el tema de la Misión, por la que un día apostamos nuestra existencia, confiando en la carta que daba sentido a la jugada: Jesús de Nazaret. Y con aire acontecido constatamos las dificultades pastorales de nuestra época, y sobre todo una que nos

---

\* Delegado de Pastoral, fsc., Valencia.

afecta de forma especial, la «crisis vocacional». Los «sesenta estadios» fueron para los de Emaús un largo camino, vivido bajo el desasosiego, como lo es también el largo tiempo en el que nos hallamos sumidos en lo que se podría definir como «invierno vocacional».

Sin ánimo ingenuo, pero sí muy creyente, es quizá necesario no perder de vista el relato de Emaús y el acompañamiento que el resucitado hizo a los discípulos, para reencaminar nuestros pasos hacia el mar de Galilea, donde empezó todo. *«Entonces les dice Jesús: “No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán”»* (Mt 20,10). Y los discípulos volvieron a recordar en Galilea lo que en el mar habían vivido al comienzo de todo. En la «Galilea» de la diversidad de creencias y costumbres de nuestro tiempo podemos encontrarnos con el poder de Jesús y la posibilidad regeneradora de quien confía en su palabra: *«“Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes”»*. *Y haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse»* (Lc 5,5-6).

El mar encierra en sí un poder atractivo que cautiva y subyuga, incluso a los que somos de tierra adentro. Nadie ignora la vida y la riqueza que alberga en su profundidad, pero también somos conscientes de la realidad del mismo. El mar es el lugar del viento y del aguacero, también de la marejada que, sin esperarla, aparece como amenaza para quien en el mar se adentra. Creo que ningún tiempo ha sido fácil para la Iglesia, incluso en la primera época, cuando los pescadores de Galilea tenían cerca al Señor para invitarles a seguir remando mar adentro, pese a haber pasado una noche entera sin haber logrado nada.

La crisis vocacional es una realidad en nuestro mundo occidental, y no sólo afecta al sacerdocio y a la vida religiosa. Algunos han definido nuestra época como un tiempo de «omnicrisis», especialmente vinculada al mundo de lo institucional, de lo que tampoco se libra una profunda vocación cristiana, el matrimonio. Es un tiempo el nuestro zarandeado por una

cultura que otros han denominado como antivocacional<sup>1</sup>. Quizá son tiempos de «marejada», y hemos de afrontarla sin dejar de echar la red, como nos recomendó el Señor.

Con todo, si estamos atentos a la realidad eclesial, son muchos los que están echando la «red». Podemos decir que todo lo vocacional está de profunda actualidad en la Iglesia, incluso podría hablarse de un auténtico despliegue de creatividad:

- En la calle y en los medios de comunicación, quizá desde una perspectiva secular, se habla de vocación. El concepto no es por tanto extraño a la gente de nuestro tiempo.
- En el ámbito eclesial se organizan encuentros de formación, jornadas mundiales, momentos de oración en parroquias y comunidades. Se diseñan planes de pastoral y acompañamiento, se hacen campañas. Las diócesis y órdenes religiosas tienen el tema como de primordial importancia en sus organigramas pastorales.
- En el campo cibernético están apareciendo páginas web dedicadas a la pastoral vocacional. En ellas se pueden observar «rastros» dejados por anónimos agentes de pastoral que «navegan» buscando actividades, dinámicas, convivencias y celebraciones de índole vocacional.
- Están surgiendo de una manera muy creativa grupos de «animación vocacional» bajo nombres muy bíblicos que denotan auténticos itinerarios vocacionales: «Mar adentro», «Pozo de Jacob», «Cafarnaüm», «Monte Horeb», «Sicar»...

Ante tanta creatividad y trabajo, debemos preguntarnos honradamente por la motivación última, el porqué de tanto esfuerzo: ¿Es de índole numérica o realmente lo que nos preocupa es el Reino? ¿Caminamos angustiados o sanamente preocupados? A pesar de las dificultades, creo que la misma

---

<sup>1</sup> Cfr. «Crear cultura vocacional en el ámbito en la escuela». *Todos Uno*, 157 (enero-marzo de 2004) pp. 78-85.

«crisis vocacional» nos está ayudando a replantearnos la vocación en sí misma, su significado profundo. Posiblemente la crisis vocacional que afecta al sacerdocio y a la vida consagrada nos ha permitido valorar positivamente una vocación emergente, la de los laicos profundamente comprometidos desde su diversidad en la causa del Reino.

Deberíamos partir del principio de que una vocación, cualquier vocación, es una llamada de Dios a vivir la vida en plenitud, una llamada a ser feliz. Una vida que se despliega con todas sus potencialidades, dispuestas para mejorar el mundo y la existencia de la humanidad, para seguir contribuyendo a la obra creadora de Dios. Una vocación no es otra cosa que entrar en la dinámica del proyecto de Dios. Es una continuidad de la vocación que recibieron Adán y Eva, bajo la perspectiva de una doble invitación: la llamada a un proyecto de felicidad y a colaborar con Dios en la creación (Gn 2,15-25).

Contemplando el itinerario de Jesús de Nazaret podemos constatar que tuvo una multitud de seguidores, hombres y mujeres, muchos de ellos anónimos, que se sintieron convocados por la Palabra de Jesús. En este momento sería una visión reduccionista identificar exclusivamente la llamada vocacional con la llamada específica que hace a algunas personas concretas y relevantes, como Andrés, Pedro, Felipe y Natanael (Jn 1,35-51). Por ello no podemos identificar exclusivamente la vocación con los ministerios. Fue el Vaticano II con su constitución dogmática *Lumen Gentium* quien comenzó a atisbar una nueva realidad en el fenómeno vocacional<sup>2</sup>. La vocación por excelencia es la *vocación cristiana* que nace del Bautismo, y desde ese planteamiento es necesario cultivar la realidad vocacional desde los mismos orígenes de la vida cristiana<sup>3</sup>. Por ello podemos decir con certeza, como plantea Gabino Urbarri: «*Todo cristiano es un llamado, un vocacionado, y toda la vida cristiana es vocación*».<sup>4</sup> Desde esta realidad deberíamos percibir la vocación cristiana como la invitación de Dios a ser buenos del todo (Mt 5,48), y los valores de las bienaventuranzas

---

<sup>2</sup> (LG 10).

<sup>3</sup> (LG 11).

como los valores que nos identifican con la bondad querida por Dios para construir su proyecto en el mundo (Mt 5,1-14). A nosotros Dios nos ha dejado la tarea de preguntarnos, de discernir en dónde y cómo podemos ser buenos del todo; descubrir el «lugar» donde como cristianos podemos ser felices y a la vez desplegar todos los talentos que hemos recibido para el servicio del Reino.

Desde todo lo planteado tenemos que contemplar que la pastoral vocacional está llamada a ser el eje transversal de toda acción pastoral educativa, sea en ámbitos parroquiales o en entornos más escolares. El fin último de nuestra acción catequética o pastoral ha de ser ayudar a los niños y a los jóvenes a que encuentren su propia «estrella», dónde y cómo ser buenos del todo. Dónde y cómo colaborar con la construcción del Reino.

La pastoral vocacional, suscitar, proponer o acompañar la vocación<sup>5</sup> es una tarea que exige cierta osadía y audacia: el momento oportuno, los medios adecuados. Pero siempre con una intencionalidad última: la vocación al servicio de un Evangelio que no puede ser callado y que necesita ser anunciado al hombre y a la mujer de nuestro tiempo. Por lo tanto, el proselitismo no es lo propio de este contexto pastoral.

Ante la realidad sociorreligiosa que nos ha tocado vivir en nuestro mundo occidental, siempre me ha gustado y me he identificado con la figura de Pablo, apasionado por el Reino, por el cual sufrió desprecios, agresiones y naufragios. Quizá desde su debilidad, y ante la dificultad, pudo comprobar cómo se iba construyendo el Reino. Y posiblemente desde su experiencia, profundamente confiada en el Dios de Jesús de Nazaret, pudo expresar en su carta a la comunidad cristiana de Galacia, lo que para él era una convicción fiducial: «*No nos cansemos de hacer el bien, pues si no desmayamos, a su tiempo cosecharemos*» (Ga 6,9).

<sup>4</sup> Gabino Uribarri. «La vida cristiana como vocación». *Todos Uno*, núm. 149 (enero-marzo de 2002), p. 13, Madrid.

<sup>5</sup> Cf. Varela Alvaríño, *Los llamados. Apuntes para una pastoral vocacional*, Ed. San Pablo, Madrid 1994. p. 196.

## «NO TEMAS, DESDE AHORA SERÁS PESCADOR DE HOMBRES» (LC 5,10)

### El acompañamiento vocacional hacia la vida religiosa

No hace mucho, Alejandro Fernández Barrajón, presidente de CONFER en España, decía que «*la vida religiosa goza de envidiable salud*»<sup>6</sup>, porque detrás de ella hay mucha creatividad y dinamismo. Desde esta verdad, yo también me atrevo a decir que hoy, pese a las dificultades que nos tocan vivir, la vida consagrada no puede ni debe perder la esperanza. Debemos tener claro que no es desde nuestro afán y voluntarismo desde donde surgen vocaciones: «*No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros*» (Jn 15,16). Tenemos que dejar a Dios ser Dios. Él es quien suscita interrogantes e inquietudes en nuestros jóvenes, Él es quien sigue llamando, como lo hizo en otros tiempos con muchos cristianos. En momentos en los que nos asaltan la duda y la incertidumbre, hemos de estar convencidos de que Dios sigue llamando<sup>7</sup> porque la vida consagrada continúa siendo un estilo de vida profundamente evangélico y necesario en nuestra Iglesia.

Pero identificarnos con el planteamiento precedente exige a la vida consagrada, como hizo Jesús, «bajar» a Cafarnaum<sup>8</sup>, manifestación de diversidad y pluralidad cultural en aquella época, icono también para nuestro tiempo eclesial. Como hizo Jesús acercándose al puerto, nos toca a nosotros estar entre los jóvenes para intuir y acoger con nuestra presencia lo que Dios está sembrando en el corazón de cada uno de ellos. Debemos

<sup>6</sup> María Gómez, «La vida religiosa goza de envidiable salud», *Vida Nueva*, núm. 2552, Madrid, p. 15.

<sup>7</sup> Cf. Elzo, Javier, *Los jóvenes y la felicidad. ¿Dónde la buscan? ¿Dónde la encuentran?*, Ed. PPC, Madrid 2006, pp. 98-103.

<sup>8</sup> «*Bordeando el mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés el hermano de Simón largando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: "Venid conmigo, y os haré llegar a ser pescadores de hombres". Al instante, dejando las redes, le siguieron. Caminando un poco más adelante, vio a Santiago el de Zebedeo, y a su hermano Juan; estaban también en la barca arreglando las redes*» (Mc 1,16-19).

aportar nuestros brazos y nuestra fe para que Él pueda llevar adelante su obra vocacional.

Al igual que Jesús acompañó a los discípulos, y como hizo también con Nicodemo invitándole a nacer de nuevo (Jn 3,5-6), la vocación a la vida consagrada, como cualquier vocación, exige un proceso, un itinerario que necesita ser acompañado. Es necesario hacerlo en la fase de los sueños, de las primeras inquietudes e ilusiones, la etapa de la primera identificación. También hace falta realizarlo cuando el joven vocacionado ha decidido compartir la misión y el estilo de vida propio de una familia religiosa.

Este acompañamiento se ha de entender como un itinerario, un proceso estructurado. Por ello debemos de hablar necesariamente de programación y acción. Y siempre contemplado desde la flexibilidad que exige la atención personalizada e integradora de cada uno de los vocacionados<sup>9</sup>.

## **El acompañamiento en el «despertar vocacional»**

La vocación es un don de Dios, y nace allí donde se va conociendo y descubriendo al Cristo-Jesús y su proyecto del Reino para la Humanidad. El deseo del seguimiento de Cristo, en cualquier estilo de vida, nace en lo profundo de una comunidad en la que se puede tener y vivir una experiencia profunda de Jesús, y que a la vez ofrece un abanico de formas de vivir el compromiso cristiano. En este abanico de posibilidades no puede faltar la vocación a la vida consagrada. En este contexto ha de ser la comunidad la que debe descubrir y plantearse como una llamada la necesidad de acompañar a quienes sienten y viven la primera inquietud vocacional. Incluso no ha de tener miedo a suscitar el planteamiento vocacional específico a quienes tienen actitudes y aptitudes.

El acompañamiento al joven vocacionado hacia la vida consagrada supone abrirle la mirada a lo que supondrá la peculiar forma de vivir su

---

<sup>9</sup> Cf. Varela Alvarifio, o.c. p. 194.

experiencia vocacional a lo largo de su vida. Es necesario, pues, ir acercándolo a lo que podríamos definir como «ejes fundantes» de cualquier forma de vida consagrada:

**La fe en el Cristo Jesús**, vivida desde la experiencia de sentirse convocado y enviado a proclamar el Evangelio, y entendida como la realidad última que puede dar sentido al camino que desea ser iniciado. Es necesario entender esa fe incipiente como una realidad que necesita ser vivida, profundizada, y por ello acompañada.

**La fraternidad**, nacida como mandato del Señor, y que ha de ser presentada al joven vocacionado como una forma de vida en la que, por seguir a Jesús y su proyecto para la Humanidad, vivimos en comunidad, como los primeros cristianos. Y por ello nos llamamos hermanos, la palabra que mejor refleja cómo queremos ser y cómo queremos vivir. La comunidad ha de ser descubierta por el vocacionado como el hogar en el que se comparte la vida con el hermano, se comparte la fe y se tiene todo en común, como hacían los primeros cristianos.

**La misión.** En este primer momento el acompañamiento supone acercar al vocacionado no sólo a la misión de la familia religiosa, sino al sentido de la misma. Ello supone profundizar en la vocación como fenómeno de «alteridad», ser con y para los demás, como lo fue Cristo Jesús, cuando anduvo por Israel cercano a la gente, enseñando, animando, curando a los desvalidos de su tiempo. El acompañado debe descubrir que el proyecto del «Reino de Dios» sigue siendo válido para la humanidad de nuestro tiempo, y en ese proyecto él puede tener una misión especial.

**La consagración.** Expuesta al joven como un estilo de vivir basado en la sencillez, el amor gratuito y universal, y la disponibilidad manifiesta para salir al camino, allí donde sea necesitado. Por seguir a Jesús asumimos un compromiso público, los votos, en los que se explicita nuestro proyecto de vida y el de nuestros Hermanos:



- Deseamos que Dios sea la gran riqueza de nuestra vida, y por ello lo tenemos todo en común, procurando llevar una vida sencilla.
- Pretendemos que Dios sea el gran amor de nuestra vida. Un amor que tratamos de vivir desde la gratuidad, y que deseamos compartir con todas las personas que se acercan hasta nosotros.
- Intentamos, como Jesús, estar dispuestos a «salir al camino», para llegar a quienes más necesiten nuestra ayuda.

El acompañamiento puede y debe ser personal, pero también ha de tener una vertiente grupal. Tiene que ser personal porque se ha de recorrer un itinerario de discernimiento vinculado a un acompañante que tiene la misión de clarificar inquietudes, motivaciones y decisiones. Es una fase basada en un diálogo confiado que tiene por pretensión un «discernimiento global» que debe ayudar a madurar las decisiones que se puedan tomar. Un itinerario, como dijimos antes, organizado como proceso, programado y llevado adelante desde la serenidad en la que se entiende que el tiempo no es una urgencia apremiante. La vertiente grupal es también necesaria. El joven no debe perder el contacto con la comunidad que le ha suscitado la vocación. También necesita, como la mujer del evangelio que encontró el dracma perdido (Lc 15,8-9), compartir su alegría con otros que están viviendo una experiencia vocacional similar.

En este itinerario de los comienzos conviene resaltar algunos centros de interés que podríamos definir como primordiales:

**Cultivar la libertad.** Es la fase de discernir la posibilidad de asumir el seguimiento de Jesús, hecho que implica dar una respuesta a la llamada de Éste. Ha de ser una respuesta personal, vivida desde la libertad. Todo ello exige entrar en dinámicas de transparencia con la propia vida, pasada y presente. Todo ello supone aceptar que cualquier vocación ha de ser discernida. La falta de discernimiento puede llevar a un posible fracaso que afecte a personas y a proyectos.

**Cultivar la «sanación» de lo vivido.** Dios llama cuando y a quien le parece. Hoy los jóvenes vocacionados son hijos de la postmodernidad, y algunos de ellos pueden llevar secuelas o heridas producidas por la misma: familiares, afectivas, culturales. El acompañado necesita ser escuchado y orientado para ir realizando una opción vocacional consciente y progresivamente madura<sup>10</sup>.

**Cultivar la propia interioridad.** Esta etapa de acompañamiento puede ser propicia para confrontar la propia vida con otras vidas. Es quizá oportuno hacer este acompañamiento desde la Sagrada Escritura. Acercar al joven a las narraciones bíblicas, de tal manera que pueda decir: «Esta historia es también mi historia». Un camino adecuado puede ser la iniciación del acompañado en la *Lectio Divina*, a la que Joan Chittister, OSB, definió como el «arte de la lectura santa»<sup>11</sup>.

**Cultivar la oración.** El acompañamiento vocacional debe contribuir a despertar la necesidad de orar, como Elí hizo con el joven Samuel (1S 3,8-10). Orar para escuchar y captar lo que Dios quiere de nuestras vidas.

**Cultivar la sensibilidad carismática.** Se debe cuidar la sensibilización hacia el carisma de nuestros fundadores, ayudarles a escuchar el «clamor» de los desvalidos de este mundo, los preferidos de Jesús y tarea preferente de la misión de la vida consagrada. Es el momento de entrar en contacto con la misión de la familia religiosa por la que siente atracción vocacional: actividades de voluntariado, animación de grupos...

**Cultivar la alteridad.** La vocación incluye como uno de sus componentes esenciales la alteridad; una vida consagrada es una vida para los

---

<sup>10</sup> «Asumir el propio pasado en la óptica de la gracia de Dios que coloca a la persona en una situación nueva, a englobar los aspectos personales, relacionales y estructurales en los que se desenvuelve la vida humana». Varela Alvaríño, o.c., p. 199.

<sup>11</sup> Chittister, Joan, *La vida iluminada. Sabiduría monástica para buscadores de luz*, Ed. Sal Terrae, pp. 85-89.

demás, una vida entregada al servicio del Reino, que lleva consigo el gesto cotidiano del servicio manifestado por Jesús de Nazaret con la actitud de lavar los pies (Jn 13,5).

**Cultivar la responsabilidad.** Es necesario ser consciente del propio camino, del crecimiento realizado, de la invitación a madurar, de asumir que los dones y talentos recibidos están llamados al «Servicio del Reino».

## **El acompañamiento en la «formación inicial»**

La formación inicial, ya sea el noviciado, juniorado o escolasticado, es una etapa importante en el camino de la vida consagrada. El adentrarse en esta nueva etapa del recorrido vocacional tiene que ser consecuencia de un discernimiento maduro. Es un paso progresivo en el que el acompañamiento ha de conducirle hacia la vinculación definitiva. Por ello, la característica propia de este momento es sustentar los diversos aspectos de la formación íntegra de lo que podríamos llamar una vocación que avanza con madurez. Es el tiempo de fortalecer la personalidad, de profundizar en la preparación para el ministerio, de afianzar la espiritualidad para la misión y de potenciar la vivencia comunitaria.

*«Dios, que te estima con locura, te lleva grabado en las palmas de sus manos» (Is 49,16).*

El joven en formación inicial ha de ser consciente de su propia realidad vocacional. Debe tener claro que la iniciativa vocacional siempre procede de Dios y de forma gratuita. En las manos del joven formando Dios ha depositado una planta en fase de crecimiento que él mismo ha de cuidar. Debe entender esta etapa como un proceso de afianzamiento de la madurez vocacional. Con todo, se le ha de mostrar con mucha claridad que la consagración, quizá ya realizada, no exime de la duda, de la dificultad, del sentimiento de incapacidad, de la tentación del desánimo. Es el momento de la fe desde el ángulo vocacional. Es también la experiencia de muchos otros llamados. Es la experiencia de los profetas, de Moisés, del mismo Jesús de Nazaret. Es la experiencia por la que de una manera u

otra pasamos todos y nos ayuda a entender la realidad última de nuestra experiencia vocacional.

*«El que te llama, pondrá sus palabras en tu boca» (Jr 1,9).*

La formación inicial es el momento propicio e intenso para la preparación para la misión. Es el tiempo de la formación para saber llevar el Evangelio al corazón de los hombres y mujeres de nuestra época. Es el momento de profundizar en una formación amplia, no precipitada en el tiempo, activa, creativa, con una visión eclesial de compartir la misión con otros cristianos, no exclusivamente religiosos o sacerdotes. Es el momento oportuno de saber valorar el trabajo en su justa medida, el tiempo, la comunidad, la propia vocación que hay que cuidar. Es el momento adecuado para evitar el mal del activismo, que con los años puede conducir al agotamiento y al sinsentido pastoral.

*«Y te pide que escuches hoy su voz, no endurezcas el corazón» (Sal 95,7).*

La formación inicial es la etapa ideal para profundizar en la espiritualidad que sustenta la misión. Quizá desde este aspecto, la función del acompañamiento es adentrar al joven vocacionado en la espiritualidad propia de la familia religiosa. A los fundadores Dios no sólo les dotó de un carisma para el bien de la Iglesia, también los adentró en una espiritualidad específica para llevar adelante la misión entregada con el carisma. Es necesario vivir la propia espiritualidad como forma peculiar de encontrarse en el apostolado con Aquel que es la fuente y el sustento de todo lo pastoral. Es el camino interior que la sabiduría de los fundadores ha puesto en nuestras manos para caer en la cuenta de que la misión no se realiza desde las propias fuerzas o cualidades, sino con el auxilio de Dios, de su Espíritu y de su gracia. Es el medio de aceptar que la vocación es un camino de abandono y confianza en Aquel que llama.

*«Aunque parezca que el miedo te tiene agarrado, no tengas miedo porque Él te ha liberado, te ha llamado por tu nombre y eres suyo» (Is 43,1).*

El acompañamiento en la formación inicial es también el tiempo de ayudar al joven religioso a valorar el don de la comunidad, de descubrir que

Dios actúa en la vida de las personas a través de mediaciones, y la comunidad es una de ellas. Esta etapa formativa debe ayudar al joven vocacionado a descubrir que en la diversidad de personas que componen una comunidad siempre habrá un hermano con capacidad de escucha y de consejo, un mediador de Dios. Es el momento de ayudar al joven a confiar en las personas que Dios pone en su camino.

*«Ve. Ponte en camino... Él te envía» (Éx 4,12).*

El acompañamiento ha de descubrir al vocacionado que aunque el consagrado viva en comunidad, él es el primer y principal responsable de su itinerario vocacional. La formación inicial es un momento privilegiado para descubrir las cualidades personales, y también para fortalecer algunas tan importantes como la autoestima y la asertividad, que de alguna manera contribuirán a que el joven religioso se sienta seguro en la misión. Es también el momento de acompañar al joven en el arte del discernimiento, y de ir siendo consciente de que el itinerario vocacional no termina con la formación inicial.

## **EL ACOMPAÑAMIENTO VOCACIONAL ES TAMBIÉN UN MINISTERIO...**

### **El ministerio de acompañar...**

Si miramos nuestra tradición religiosa podemos ver, tanto en el judaísmo como en el cristianismo, que Dios se da a conocer a través de mediaciones, de acompañantes. Como dice Hermenegildo Gregorio<sup>12</sup>, Dios se sirve de lo humano. Se acomoda, no violenta, guía con sabiduría y suavidad; conduce a la persona a través de signos, de circunstancias ambientales y de personas. Dios nos lleva de la mano. Podemos decir que las mediaciones humanas sitúan y concretan la vocación (Éx 31,2-6). Desde este planteamiento no sólo se ha

---

<sup>12</sup> Gregorio, Hermenegildo, *Relatos vocacionales bíblicos y experiencia vocacional hoy*, Edición para uso privado FSC, Valencia 1999.

de contemplar el acompañamiento como un ministerio difícil y delicado<sup>13</sup>, también hace falta verlo como una vocación. Una tarea propia del acompañante, pero también trabajo solidario de una comunidad que vive con pasión la vocación a la que han sido llamados todos sus miembros.

## **También es don y tarea para la comunidad religiosa**

Se constata en nuestra Iglesia que la escasez de vocaciones produce en los sacerdotes, religiosos y laicos, diferentes reacciones. En algunos la preocupación se vuelve desaliento. En otros, el sentimiento predominante es la nostalgia de tiempos pasados. También los hay en los que prevalece de forma manifiesta el sentimiento de impotencia. Algunos son conscientes del problema de la penuria vocacional, pero están demasiado «comprometidos» con muchas tareas apostólicas como para dedicar a este capítulo una atención proporcionada a la importancia del problema<sup>14</sup>. Hace falta que todos seamos conscientes de que las vocaciones son un don de Dios para su Iglesia, por ello todos debemos ser corresponsables en la pastoral vocacional. No podemos callar ni dejar de proclamar lo que hemos vivido. Tenemos que recrear comunidades en clave vocacional, en la que todos somos mediadores, incluso los laicos... Detrás de un acompañamiento vocacional debe haber el respaldo de una comunidad que se esfuerza en ser acogedora con cada persona que se acerca a ella. Una comunidad que se hace «visible» entre la gente; «familia» con el recién llegado: cercanía, gratuidad, afectividad. Una comunidad en la que se comparte el pan y la palabra... Sólo donde hay testimonio claro y gozoso de la propia vocación surgen nuevas vocaciones<sup>15</sup>. Desde esta perspectiva ha de

---

<sup>13</sup> «Sabemos cuán difícil es hoy esta propuesta y cuán tentadora la alternativa del desaliento cuando el trabajo parece inútil. La pastoral vocacional constituye el ministerio más difícil y más delicado. Pero también querríamos recordar que no hay nada más a propósito que un testimonio apasionado de la propia vocación para hacerla atractiva. Nada más lógico y coherente en una vocación que engendrar otras vocaciones; lo que os convierte con todo derecho en padres» (Congreso Europeo sobre las Vocaciones, n. 6).

<sup>14</sup> Cf. Juan María Uriarte Goricelaya, «Un presbiterio ante la pastoral vocacional hoy», *Vida Nueva* 2558, p. 24.

<sup>15</sup> Cf. Varela Alvaríño, o.c., p. 197.

quedar superada la visión de otros tiempos del «reclutador» como agente casi exclusivo de la pastoral vocacional. Cuando una comunidad en clave vocacional se siente corresponsable en la tarea, es cuando comienza a ser consciente de delegar en uno de los hermanos la tarea de acompañar vocacionalmente a otros.

## Qué hace falta para ser acompañante vocacional

Hace años, tras leer algunas publicaciones sobre el acompañamiento y el acompañante en la formación inicial, quedé impactado y llegué a la conclusión de que dicha actividad o ministerio no iba conmigo. Mi persona no llegaba a alcanzar el listón exigido, y llegué al convencimiento de que difícilmente lo alcanzaría en el futuro. Hoy, después de varios años, estoy convencido de que no existe el acompañante perfecto, porque también el acompañante está sometido a la fragilidad y al pecado. Con todo, sí que valoro algunos rasgos sumamente importantes a mi parecer:

- En primer lugar hace falta sentirse agraciado por haber recibido el don de la vocación. Es necesario haber realizado una lectura creyente de nuestro propio itinerario vocacional. Ser conscientes de la intervención de Dios en nuestra propia historia vocacional a través de personas que Él fue colocando en nuestro itinerario.
- No sólo hace falta sensibilidad religiosa, preparación teológica, espiritual y conocimiento profundo de la tradición carismática de la propia familia religiosa. Hace falta empatía, la capacidad de intuir lo que está viviendo el joven, la delicadeza<sup>16</sup> y la cautela<sup>17</sup> para expresar lo que

<sup>16</sup> Cfr. Palmes, Carlos, *Las cinco llagas de la formación*, Editorial Claret, Barcelona 1999, pp. 45-47.

<sup>17</sup> «... una cordialidad especial, que le permita mantenerse neutral ante los hechos y situaciones, en orden a una mayor libertad para acoger las opciones que deba asumir el acompañado; empatía... para ser capaz de captar al otro desde el otro, es decir, desde su marco referencial... ir por delante y al paso del acompañado». Varela Alvaríño, o.c., p. 201.

<sup>18</sup> «El que acoge la respuesta vocacional del joven debe sentirse también llamado a servir a esa persona en concreto y aceptar con total responsabilidad el nuevo reto. Ha de ser una

uno mismo intuye o piensa sobre la realidad vocacional del acompañado. Es necesario apreciar al joven, valorar<sup>18</sup> el tesoro que cada chico y cada chica llevan dentro y ayudarles a descubrirlo. En definitiva, mucha humanidad y sentido común...

El acompañante ha de tener conciencia de ser mediador. Aceptar que el auténtico protagonista es Dios. Él es el auténtico acompañante aunque se sirva de mediaciones, como lo hizo siempre en la Historia de la Salvación. Desde este punto de vista el acompañante se debe identificar con el planteamiento de Pablo de Tarso: «Yo planté, Apolo regó; pero fue Dios quien dio el crecimiento» (1a Cor 3,6). Desde esta perspectiva el acompañante tiene que estar con el acompañado bajo la actitud del desprendimiento. Ha de saber apartarse en el momento oportuno, dejar marchar, para que el acompañado pueda continuar su itinerario sin vínculos de dependencia.

---

*persona capaz de escuchar con la mente libre de prejuicios de cada historia personal, y, asimismo, de dar respuestas, más según el designio de Dios que desde la prudencia humana, y de poner contrastes a las experiencias vitales del que ha ofrecido su primera respuesta positiva a la llamada de Dios». Ibídem, pp. 197-198.*